CRIATURA DESDE GREDOS

Para el padre Alfonso Querejazu
y sus seminaristas.

LO ajeno al alma: las estrellas.
Caminemos siempre con ellas
para llegar a lo Otro ajeno,
centella en su íntimo seno.
¡Cielo nocturno! La estrellada
tiembla de realidad creada.
La luz del alma está en la Cumbre.
Y no es conciencia, es un relumbre
que interiormente no se agota,
resol de montaña remota.
¡Hay que andar mucho! Esta ladera
no es lo de dentro, es lo de fuera:
su pedregal del otro lado
que acude a darme su recado.
Ya la retama y el poleo
—¡qué humildemente de paseo
piso mi holgada lejanía!—
son tan azules como el día.
Ya en el pinar, el mirlo activo
desentumece su estar vivo.
Se abre el espino en flor, y canta
de ociosidad en su garganta.
Voluptuosa, la oropéndola
me enreda de mujer, oyéndola.
Desde su orilla de criatura
mi corazón no se apresura.
¿Adónde lleva esa vereda?
¡Ay!, lo que pasa es lo que queda.
¿Qué hay más allá de aquel recodo?
Libertad: tiempo para todo.

Ser libre en cada instante, y ser
el que no tiene qué perder.
Amor: olvido...; amor: olvido...,
repite, a solas, un silbido.
Y el arroyuelo huele a menta.
Y el agua clara se da cuenta
de que su huída es lo primero.
Desocupado por entero,
¡cómo se escapa de mis manos!
(Medrar: oficio de villanos.)
Y allí estás Tú: perfil de piedra.
Para el creyente que no medra
tu piedra es nieve derretida
y es la canción del agua huída.
allí, cansado y ribereño
de atardecer desde mi ensueño,
veo, a través de la alegría,
que la mirada que era mía
rompe su error nativo, y llega:
¡oh superficie de la entrega!



LUIS FELIPE VIVANCO